



CUALIDADES DEL DEVOTO DE DIOS

—Parte III—

Por Claudio Dossetti

A sí como una vasija está constituida por arcilla, o una tela esta hecha de hilos de algodón, de modo parecido, la mente y el corazón de un aspirante espiritual se hallan conformados por buenas cualidades. Las buenas tendencias, las inclinaciones hacia las cosas sagradas y el cultivo de actitudes espirituales frente a las situaciones cotidianas constituyen el modo de ser del alma que anhela estar más cerca de Dios.

Las más elevadas cualidades se hacen manifiestas en las circunstancias más simples de la vida, y por regla general, esto se da en el trato con nuestros semejantes. Cuanto más simple es la situación en la cual Dios nos pone, más se evidencia la calidad espiritual de nuestro corazón. Por ejemplo, ante alguna desavenencia con cierta persona podemos hablar con ella para tratar de hallar una solución, o bien, evitar hacerlo e irnos lejos para no verla; ante algún pedido directo de ayuda podemos decir “sí, ayudo” o podemos decir “no, no puedo”; ante algún problema común podemos buscar el modo de solucionarlo, o

esperar a que dicho problema sea solucionado por “alguien más”; ante algún error o contratiempo podemos decir “me equivoqué”, o bien, podemos decir “¿quién se habrá equivocado?, pues yo nunca me equivoco?, etc.

Situaciones como las mencionadas —que son sólo unos pocos ejemplos— ponen de manifiesto el estado interno de nuestro corazón.

Las buenas cualidades hacen que actuemos bien, las malas, mal. La erudición y los vastos conocimientos no tienen una relación directa con las buenas cualidades: puede haber un erudito con buenas cualidades y otro con malas cualidades. Las buenas cualidades están en relación con las tendencias elevadas de nuestro corazón, mientras que la erudición depende de la cantidad de palabras que alberga nuestro depósito mental. Son cosas diferentes.

Por ello hemos de poner nuestros esfuerzos, más que nada, en elevar nuestro corazón hacia Dios.

Ahora continuaremos recordando las cualidades del devoto de Dios que son mencionadas en el Capítulo XIII de nuestro Sagrado *Bhagavad Gîtâ*, entre las Slokas 7 y 11. Ya hemos hablado de las ocho primeras, seguiremos ahora con las cuatro siguientes:

1. *Âtma Vinigraha*: Dominio de sí mismo. Aquí la palabra *Âtma* hace referencia a nuestra mente, e incluye también a los

sentidos, y por extensión, al cuerpo en general¹; por su parte, *Vinigraha* significa “control” o “dominio”. Consiste en esforzarnos por lograr que nuestra mente y sentidos estén bien encaminados, esto es, hacer que ellos vayan siempre hacia lo que es bueno, correcto y elevado, es decir, hacia Dios. Enojos frecuentes, temores varios, curiosidades nocivas, un estado de inquietud constante, malos recuerdos reiterativos, tendencia a corretear por los poco recomendables laberintos del mundo, preocupaciones constantes, y otras cosas semejantes, hacen que la paz se vaya de nuestro corazón y que la mente se torne confusa. Para evitar todo esto se recomienda al discípulo que desarrolle *Âtma Vinigraha* o dominio de sí mismo. Con respecto a esto, lo primero que hemos de tener en cuenta es que la mente no puede dominarse a sí misma. Es decir, si nos ponemos a pensar acerca de nuestros propios pensamientos, rencores, temores, deseos, etc., no sólo no lograremos que ellos se vayan, sino que aumentarán: sería como intentar apagar un fuego arrojándole leños secos. La forma correcta para ayudar a que nuestra mente se aquiete es hacer que se eleve hacia las cosas sagradas y espirituales: no hay otro modo. Para esto es muy recomendable la lectura de los libros espirituales, refle-

¹ Como sabemos, casi siempre la palabra *Âtma* designa al Espíritu, nuestro ser más interno, es decir, Dios morando en nuestro corazón, pero su significado a veces puede variar según sea el contexto en el cual se halle, como en el caso de la presente frase.

xionar sobre las enseñanzas de nuestro *Guru*, escuchar sobre Dios, enseñar sobre Dios, realizar obras para bien de los demás, meditar en el Señor, evitar el ocio y por sobre todo, frecuentar la compañía de almas buenas y anhelosas de estar cerca de Dios; todo esto debe ser realizado con *Bhakti*, es decir, con devoción. Otra cosa que hemos de tratar de hacer es no satisfacer todos los caprichos de nuestra mente, porque si lo hiciésemos, ella se tornaría más caprichosa aún. Así, enseñemos a nuestra mente a estar más o menos resposada y bien dispuesta para hacer buenas obras. Y luego, el Señor Mismo nos brindará Su ayuda, alumbrará nuestros corazones, y nos guiará por la Senda que nos lleva de regreso a Dios.

2. *Indriya Arthêshu Vairagyam*: Desapego de los objetos de los sentidos. *Indriya Arthêshu* significa “objetos (*Arthêshu*) de los sentidos (*Indriya*)”, es decir, son todas las cosas que nos rodean; mientras que *Vairagyam* es desapego. Cada ser humano tiene apegos diferentes; esto depende de las tendencias (*Samskaras*) propias de cada persona. Puede tratarse, por ejemplo, de apego a la comida, o pensar en demasía en la vestimenta, o apego al dinero, o a bienes y objetos diversos, pero también pueden ser cosas más inasibles, como apego las noticias y curiosidades del mundo, e incluso existe también el apego al conocimiento libresco o intelectual (el cual no es otra cosa que el conocimiento de los sentidos trasladado hacia nuestro

interior), etc. Es decir, hay muchas clases de apegos —grandes y pequeños— y todos tienen como base el vasto mundo de los nombres y las formas. Todas las cosas que perciben nuestros sentidos, sin excepción, son pasajeras, de modo que si nos apegamos a ellas (es decir, si entregamos nuestro corazón a las cosas externas), sin darnos cuenta, estaremos entregando nuestro corazón a lo pasajero, es decir, estaremos olvidando lo esencial: Dios. En pocas palabras: el apego a las cosas, a los objetos, nos aleja de Dios. Ahora bien, así como un árbol siempre necesita estar afirmando en la tierra, de modo parecido, la mente siempre necesita estar afirmada o posada en algo. De modo que, como no podemos hacer que nuestra mente (y sus servidores, que son los sentidos), esté por completo separada de las cosas, lo que deberíamos hacer es ofrecerle cosas buenas y elevadas. Por ejemplo, en lugar de dirigir nuestros oídos a las efímeras novedades del mundo, deberíamos orientarlos para que escuchen las palabras de los Textos Sagrados; en lugar de pensar en demasía en nuestra apariencia física, deberíamos dirigir nuestros pensamientos hacia la reflexión sobre las enseñanzas espirituales; es decir, más que luchar contra nuestros apegos, lo que deberíamos hacer es buscar el modo en el cual nuestra mente esté más en Dios que en las cosas pasajeras. Si las cosas a las cuales nos apegamos son densas y materiales, nuestra mente tomará la forma de ellas, y se tornará también

densa y material. Si nos apegamos a bienes intelectuales, nuestra mente se tornará intelectual y rebosará de palabras. Pero... si nos apegamos a Dios, nuestra mente se tornará divina. Este último es el sendero que debería seguir siempre el devoto de Dios. Mencionemos finalmente que desapego nada tiene que ver con indiferencia. La indiferencia hacia nuestro prójimo nace del desamor y de la falta de compasión en nuestro corazón. En cambio, el desapego nace del Amor a Dios y a Sus criaturas, es decir, al tener menos apegos egoístas, puedo entregarme más fácilmente a la Voluntad de Dios, y de este modo puedo servir mejor a mis semejantes.

3. *Anahamkâra*: Ausencia de egoísmo. *Aham* significa “yo soy”, mientras que *Ahamkâra* es el sentido de que “yo soy”, es decir, el ego y también su manifestación: el egoísmo. Cuando pienso “yo tengo razón y los demás no”, “yo quiero que se haga mi deseo”, “yo sé bien cómo deben hacerse las cosas, los otros no”, y otras cosas semejantes, sin duda alguna nuestro ego es quien impera en nuestro ser. También es el *Ahamkâra* lo que nos separa de los demás y nos hace ver, por ejemplo, los errores ajenos en lugar de los propios. Eso no sirve en el sendero espiritual. Todo lo que haga crecer, reafirmar o enaltecer nuestro sentido de “yo soy Juan”, “yo soy María”, etc., es contraproducente en el Sendero Divino, porque ese “Juan” o “María”, es sólo un efímero envoltorio que cubre a nuestra alma. Lo que

agiganta a nuestro ser personal, es decir, a ese envoltorio del que hablamos, va en desmedro de nuestra Conciencia Divina. Nuestro sentido de “yo soy” (*Aham*) es el velo que cubre la Luz de Dios que habita en nuestro corazón; al descorrerse dicho velo la Luz Divina pasa naturalmente a alumbrar toda nuestra existencia. Debemos aprender —con paciencia y esfuerzo— a realizar nuestras obras pensando más en el bien de los demás que en nosotros mismos, a aceptar con humildad las enseñanzas de nuestro *Guru*, a oír con una mente serena las palabras de nuestros semejantes, a aceptar que a menudo nos equivocamos, y otras cosas similares. Todo esto constituye *Anahamkâra* o ausencia de egoísmo, y es lo más beneficioso para nuestra alma, ya que hace que la devoción a Dios, el discernimiento espiritual y el amor a las criaturas sean quienes nos guíen en la senda de la vida. Cuando el egoísmo disminuye, nuestra percepción espiritual aumenta, porque de este modo, poco a poco, comenzamos a ver a través de los ojos de Dios.

4. *Janma Mrityu Jarâ Vyâdhi Duhkha Dôsha Anudarshanam*: Conocimiento de los males de la vida terrena. El significado completo de la frase es: Conocimiento (*Anudarshanam*) de los males (*Dôsha*) del nacimiento (*Janma*), de la muerte (*Mrityu*), de la vejez (*Jarâ*), de la enfermedad (*Vyâdhi*) y del dolor (*Duhkha*). La palabra *Dôsha* significa “males”, “máculas” o “defectos”, mientras que *Anudarshanam* es “conocimiento” y

también “percepción”. Esta frase nos brinda varias enseñanzas. En primer término, se trata de una clara descripción de los estados por los cuales pasa nuestra alma mientras se halla dentro del cuerpo, es decir, mientras deambulamos por la existencia terrenal. En segundo lugar nos recuerda que el devoto que anhela estar más cerca de Dios debería tratar de tomar conciencia de que la existencia en el mundo (*Samsâra*) siempre se halla oscurecida por uno u otro tipo de pesar (*Dôsha*): los pesares del cuerpo toman la forma de enfermedades, dolencias, hambre, frío, etc., y los de la mente se presentan como preocupaciones, tristezas, angustias, agobios, miedos, etc. Dicho de otro modo, por más recaudos que una persona tome en la vida, siempre se hallará sujeta a los vaivenes de la existencia terrenal. Así como la naturaleza del agua es mojar, y la del fuego es quemar, la naturaleza de la vida terrenal es causar tribulaciones al alma. Esto es inevitable. Es por ello que los *Upanishads* nos dicen que la Perfecta Bienaventuranza (*Ananda*) no es algo propio de la vida terrenal, sino que se halla dentro del reino de la Vida Divina, la cual halla su culminación en el sagrado estado de Unión con Dios². En tercer lugar, la frase también nos recuerda que nuestro cuerpo, mente, etc., es sólo una barca temporaria y endeble que nos puede ayudar a cruzar el mar de la ilusión, pero que nuestra alma es por completo diferente a

² *Brihadâranyaka Upanishad III, ix, 7.*

dicho cuerpo, del mismo modo en que el pasajero de la barca es diferente a esta. Y digamos finalmente que el sentido general de toda la frase es que el devoto que anhela hallarse en cercanía con Dios debería tratar de entregarse a Dios con todo su corazón y con toda su alma, sobrevolando —por así decir— la efímera existencia terrena, sin abandonar, en ningún momento, el recuerdo constante de Dios.

* * *

Y como siempre, si el Divino Señor así lo desea, en el próximo Estudio seguiremos recordando las cualidades que debería poseer el devoto buscador de Dios.

¡Quiera el Señor que las cualidades elevadas y espirituales tengan siempre albergue en nuestro corazón!

Om. Paz, Paz, Paz.

*Por el Prof. Claudio Dossetti
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
